



MERCADO DE TEIS (VIGO)

FRAGILIDAD DE LOS INMORTALES

■ MANUEL A. SANTAMARÍA SOLÍS

Ya en el túnel que une la sala de embarque con el interior mismo del avión, tuve que pensar otra vez en mi padre. Su deseo había sido el de venir a despedirnos al aeropuerto, pero el progresivo deterioro de su estado, francamente irreversible, le obliga desde hace semanas a permanecer recostado en la penumbra de su habitación. Allí pasa el tiempo en la escrupulosa revisión de las listas semanales de lotería y la consiguiente elaboración de las nuevas participaciones, que desde su juventud ha despachado, como complemento a las conservas y chacinas, en su ultramarinos del Mercado de Teis. Porque, a diferencia mía, mi padre cree en los sorteos.

Como ya hoy doy por seguro, papá se adentra cada vez más en un universo integrado al fin solo por números, cifras trazadas en la estraza de un paisaje mercantil

poblado de balanzas, de conceptos milagrosos como "género" o "pedido". Parece como si ese hombre, sano durante más de setenta años, comenzara a internarse de manera sutil en un estado del espíritu que nada tiene ya que ver con el nuestro; "una región de altas expresiones numéricas", pensé entonces, mientras observaba sus manos prendidas del embozo con el mismo estilo indiferente, aunque no carente de energía, con el que antaño se aferraban a la tosca cartera colegial, desconcertante herencia del mayor de mis hermanos, su primogénito.

Retazos de ese mundo suyo, como tengo que considerar ahora mientras, ya instalado junto a mi mujer en la sordidez de la clase turista, observo la desmedida gesticulación de la azafata, flecos desprendidos de ese todo nos habían sido ya mostrados aquí y allá a mí y a mis

hermanos en los largos crepúsculos del chalet, cuando aguardábamos encaramados a sus pinarotes de ladrillo una señal afirmativa en el color, cada vez más cárdeno, de la carretera: los focos parpadeantes del coche de la estación.

Siempre quise entender aquellas tardes de espera como mi más temprana intuición acerca del concepto de mercado; reflejos o ecos lejanos del trabajo bajo sus bóvedas que vinieran columpiándose junto al sobado lapicero que de manera invariable adornaba la oreja derecha de mi padre. Efectivamente, su perfil borroso de barco varado, con los grises cuellos de jirafa de las grúas portuarias al fondo, se dibujaba como transportado por un espejismo sobre la densidad de los pinos, por encima de sus hombros. En los bolsillos de su chaqueta de verano viajaban, junto a la calderilla y los recibos de quiniela, los insabores caramelos ganados al hombre del tren: mientras nos precipitábamos chillando terraplén abajo, mi padre mostraba sonriente la carta ganadora, ya sudada; el ocho de oros. Y confiaba a las manos de alguno una caja Fontaneda sabiamente atada que rezumaba un halo rojizo, de grasa de embutido, pero que olía a un tiempo a café molido, acaso a chocolate.

Al fin y al cabo, es el chocolate lo que nos trajo hasta aquí, pienso ahora, y me estremezco al comprobar no sólo la grandísima aceleración del reactor camino de las nubes, sino lo aleatorio de nuestro destino. "La suerte del principiante", aseveraba papá guiñando los ojos ante el boleto premiado. La rara fortuna del que no sólo jamás ha jugado, sino que jamás ha deseado el beneficio de un premio. "Una tableta de chocolate de tu infancia", había dicho ofreciéndome con brusquedad un objeto ciertamente ya casi olvidado, reprimiendo a duras penas la impaciencia mientras yo rasgaba sin entusiasmo el antiguo envoltorio de rombos rojos y blancos, colores hacia mucho relegados a algún compartimiento estanco de la niñez, donde habían ido diluyendo sus formas y sabores; como aquello que durante algún tiempo ha sido centro y con la irrupción de la llamada madurez decae y retrocede, huye en sentido inverso al de la vida, hacia el recuerdo.

Enigmas de la publicidad. Un viaje "gastos pagados" para dos personas al corazón de... Caídos en la trampa, me digo blandamente, y aprieto la mano de mi esposa, que sin embargo ya no siente nada, ocupada en el creciente mar de nubes de allá afuera, el océano blanco cuya blancura helaría en un segundo nuestros corazones, pienso. Y vuelvo los ojos, como si dijéramos los ojos del pensamiento, hacia la mirada enigmática, casi ebria, de mi padre. Un producto, me dice, rescatado de la negrura del pasado en el monótono transcurso del

recuento periódico de existencias; hallado como se hallan los fósiles, en lo más oscuro de una nueva, los vastos almacenes del mercado... –de que se organizasen tales sorteos yo no tenía la menor idea, pero menos aún de que tuvieran carácter vitalicio...– Y ríe mi padre en mi memoria, cómplice, ante la ingenua revelación de mi ignorancia; y el avión atravesía remolinos de nubes o de polvo y yo, como Jonás en su ballena, zumbando los oídos, recuerdo.

Igual que las estrellas sobre este jardín, en medio de la noche, lo contable y lo incontable se confunden en el pozo de la infancia. Largas tardes, noches del chalet donde de pronto, invocada por las cejas crespas de mi padre, del atílio de ennegrecidas chaquetillas blancas, de gastados delantales, se hiergue poderosa la imposible silueta del mercado, templo de las cosas numerables en donde mi padre ejerce junto a otros, el sensible oficio de tendero.

Yo, como otros niños, sueño con bazares cubiertos por el agua, bóvedas sonoras bajo las que gira la basura en torbellinos, gorgoteos, chillidos apagados, todopoderoso hedor de los pescados que desde la oscuridad me miran, ya sin ojos, y como otros, sueño con estrenar el mundo cada día, pero el mundo real, ese de las cosas incontables, de las piscinas de aguas desbordantes donde los niños alborotan, uvas que crecen en racimos



que el sol confunde, despoja de su matemática el abrazo de los rayos; cegadores, puros e incontables como los recuerdos.

Pero el ámbito del mercado es peligroso para un niño. En él impera lo susceptible de ser contado, los ábacos, los dedos neciamente utilizados como pálidos apéndices mercantiles. Se ensayan adiciones, sustracciones interminables con esas claras semillas, lentejas contra judías, garbanzos diminutos que resbalan de la estraña gris y rota a las manos del tendero. De los sacos maestros de arpillería aprendemos la mágica ley de la balanza, dos y dos son cuatro, pero... Se estrangula tan deprisa la infancia, suma y sigue. Allí escala el padre como un gato a lo más alto, se amotina en los estantes un ejército de latas, grupa contra grupa; sienten miedo las plagas, el gato bufa... ¿servirá el aceite untado en la cabeza para escapar a estos temores, a la tierra, a los infiernos; para aproximarse al cielo raso como él, con su mítica soltura, trepa que trepa sobre la sidra achampanada y los turrones, hasta tocar con la frente la bombilla fabulosa?... Y ya de vuelta, su sonrisa, apuntando en el envés de una Cuétar la cuenta prodigiosa, garabato a garabato, escritura logarítmica sólo a sus sentidos destinada.

Hacia dónde vamos, me pregunto. Un nombre extranjero, un lugar rodeado de montañas: imagino un país nublado. Pero fuera el sol insiste en manifestar esa quietud tan pura, de un azul un poco cursi, hacia la que

permanentemente ascendemos. Más se trata de un espacio sin puntos cardinales, sin arriba y abajo, y me aliso la corbata para asegurarme la cordura. ¿Es un viaje de placer, como auguran los prospectos y parece confirmar con su flácida sonrisa a cada instante la azafata?; o es sólo un impulso, una inercia surgida en virtud de no sé qué azarosa maquinaria... una descarga tan violenta que nos lanza así, de esta manera disfrazados, con nuestros trajes de baño y lo demás en la maleta, quizás hacia el pasado.

Simulacros, laberinto de tramoyas, escenificaciones. Comedia destinada a hacernos recordar. Pues es el pasado de lo que huimos incesantemente desde que dejamos el mercado, y es hacia él a donde, de manera implacable, mi padre se encamina.

Que papá guarda un cuchillo bajo su cama no es ya ningún secreto. Es un cuchillo largo, muy trabajado, de los de cortar jamón. Un cuchillo que, como sé, resbalaba en ocasiones iluminando de súbito el mandil blanco de tendero. Pero abandonar el puesto es claudicar, perder el terreno ganado a la fortuna y que su público, en calidad de comparsa del destino, aplauda inmisericorde para sus adentros. Por eso hay que reparar sobre la marcha, y en esto consiste la fortuna del tendero. A las seis de la mañana caminar bajo ese cielo encapotado de gaviotas, aterido por sus gritos; regresar cerrada ya la noche, temeroso de un encuentro inesperado. La preciosa herramienta sutilmente oculta entre el diario deportivo, y bajo el sobaco, firmemente sujetada, aquella cada vez más desleída carterita escolar, en cuyo interior se remezclan facturas, delgadas latas de anchoas y cajetillas de tabaco, objetos de una liturgia cotidiana.

Mi padre misionero del mercado. ¿Es real este lugar o sólo pantomima?... decorado de cartón, nubes pintadas, tripulación de trapo. Existe el arte de la vida, y el arte de no pensar en ella. Nuestra afición por lo ficticio nos ha salvado muchas veces de la desesperanza más profunda. Lo que nosotros llamábamos chalet no fue nunca otra cosa que una vieja construcción plagada de humedades; un áspero jardín donde medraban silvestres los ciruelos, un murete blanco junto al que los tímidos dondiegos, furtivos, se abrían como ojos por la tarde: ese aroma asociado de siempre a la negrura. También había un pilón, nuestra piscina, y un columpio diminuto y oxidado. Y más allá de los rombos de ladrillo de la tapia se extendían los pinares,



con sus rumores y sus fuegos en agosto; y tras ellos, justo tras la esfera del reloj de la estación, comenzaba el largo túnel, kilómetros negros para llegar amaneciendo a la bahía.

– Teis es un barco gobernado por mujeres. Nuestro Teis adoptivo, descosido, como una red abandonada.

Risas nerviosas del pasaje ante una nueva turbulencia. Como una montaña rusa, una máquina de feria para conquistar el tiempo. Deslizarse hacia atrás en el pensamiento y poder quizás contemplar su esencia, el vacío que separa las palabras –a veces, sobre un delgado hilo de saliva, como el puente cristalino que precariamente las uniera, me imagino yo funámbulo, a los pies un abismo erizado de sintagmas–. Cabecea el reactor remontando olas invisibles. Acerando la nariz a la ventana quizás pueda ver, junto al arenoso lecho de un río, oculto a intervalos de vapor, un Árbol de la Ciencia desecado. –¿Fue mejor la vida entonces; el hombre absoluto, centro y periferia, imagen y medida de sí, Dios Padre...?– Un rayo de sol, severo, me devuelve intacto al lugar que ocupo, la razón fugada regresa tomando la apariencia de humilde cigarrillo, de uña laqueada que se clava amablemente en mi mejilla. Es nuestro primer viaje por los aires.

Amarga naturaleza comercial a la que mi padre ha consagrado la humilde matemática de su existencia. En el mercado cada uno de nosotros ha sido puesto indulgentemente a prueba y, más tarde o más temprano, ha fracasado. Fuimos abandonando con alivio aquella complicada herencia, en la certeza de que sólo nuestro amor nos obligaba junto a la fragilidad del sueño paterno; renunciamos a la lucha bajo las aviesas miradas de las mujeres, aquellas cuyos nombres impudicamente se apretaban en el cuaderno que la bondad de mi padre reservaba a los morosos.

La felicidad por los pesos y medidas. Las densidades. Licuaciones. Solidificaciones. Trasvase de líquidos untuosos cuya naturaleza parece imposible encauzar, guiar del embudo a la botella. Medidas de metal para el azúcar, evitar la humedad de la sal, lucha permanente contra la polilla. Cerrar caminos al roedor es importante, ganar en inteligencia a cualquier plaga, incluidos proveedores. Manejar con desenvoltura el cuchillo, no fíarse nunca de la aparente inocuidad de la cortadora, rebanar el mundo en lonchas, hasta el infinito. Trabajar siempre sin red, ante la constantemente renovada impiedad del público.



Circunspecto, difuminado en la penumbra de algún lecho ahora lejano, examina mi padre en su larga lista los reintegros, las pedreas, las obsesiones de hasta cinco cifras. Le supongo levantando los ojos sobre el cristal rayado de las gafas, estudiando la grosera pantalla sin volumen en donde evolucionan minúsculas imágenes, como de hombres en campos de batalla, sobre las que solapadamente intentan imponerse los anuncios; descoloridos productos, jirones y sombras de un pasado que todavía hoy se expende en nuestro mercado. Pero el consumidor de lo nuevo ha desecharlo ya como caduco este género fantasmal que languidece en escondidas alhacenas, endurecido, replegado en sí mismo, “fossilizado”, como papá repite a menudo, aunque poseedor de una sabiduría que en los nuevos productos ha sido deliberadamente degradada.

Fósil. Se nubla el juego desigual de la pantalla, donde ahora parpadea fugazmente esa palabra. Papá se llena la boca con sus letras, las nombra una a una, parece descubrir en ellas de manera repentina una importancia misteriosa. Un mundo todavía incompleto y ya olvidado. Mejor; un proyecto de vida, un boceto fallido, aniquilado por una tormenta primitiva, barrido junto con otras ideas incompletas. Mi padre dice conocer el paradero de la inmortalidad. Se me ocurre ahora que él sabe dónde se encuentra; y que el camino que conduce a ella pasa de manera inexorable a través del mercado.

Ahora escucho, amortiguadas por el estruendo de los motores, las risas de las mujeres. Como si de un juego se tratara, se llaman las unas a las otras; yo las oigo trajinuar allá abajo, en las entrañas del mercado, arrojando cubos de agua sobre el inclinado plano inoxidable que conforma sus jornadas. Vocean, requieren a los clientes con nombres familiares, a veces inventados; se salpican de hielo, jugando; desescaman, destripan, filetean. Observan con delicia el ejército de gatos, cuyas audacias son juiciosamente consentidas como parte de un equilibrio natural, una íntima simbiosis. Puedo ver sus fuertes brazos manejando diestramente los cuchillos, sus axilas; oler sus cuerpos, tan ligados a todo lo estrictamente marino.

Mientras tanto, en el piso superior el mundo gira más despacio. El pollero expele un humo pardo sobre las figuras fantasmales de su granja. Las verduras, las carnes blancas y los quesos, y hasta las palmas que se entrelazan para el Domingo de Ramos desprenden un olor tibio, como de lluvia evaporada, un aroma que habla de cuerpos puros, aunque heridos por una existencia rutinaria. Del pequeño mostrador que mi padre atiende se elevan, en invisibles nubecillas hacia el éter, sus aguardientes, otro servicio frecuentado apenas por las gentes de fuera de la casa. Y arriba, en las alturas, tan pronto vigilantes como ajenas, zurean las palomas. Bate el plumón sucio de sus alas el entramado del techo, cantalean, se aprietan unas contra otras, concupiscentes. Ya de niño se me hacía patente la disparidad de ambos mundos: la limpieza del sótano abismal donde se despachan los pescados y este costoso mirador de las palomas. ¿Será que la pureza de los muertos, los cuerpos limpios, destripados, como de cristal bajo las esquirlas del hielo, a un tiempo luminosos y apagados, nos parecen más tranquilos, más agrables y sabrosos que aquella otra inquietud volátil, fauna desaprensiva y, sobre todo, viva? El cadáver, al menos durante un tiempo, se considera alimento fresco, tanto más codiciado cuanto ya no es portador del olor acre y caliente de lo que respira... Viene ahora, solícito, un escalofrío a truncar tales reflexiones cuando la azafata deposita la bandeja del almuerzo sobre mis rodillas. De manera opaca brillan los ahumados, y el falso caviar, destellante, me produce cierto vértigo... Al inclinarme para recoger un minúsculo tomate que a un desesperado envite ha respondido saltando de la bandeja y rodando al suelo, descubro, casi a la altura de los calcetines, la frágil constitución de mi estómago.

Siempre aborrecí las cosas numerables, lo que se puede expresar en decenas y centenas y, para desdicha humana, con el brillo más o menos tentador de las monedas. Las máquinas de calcular no son meros instru-



mentos, sino agentes del dinero, enemigos de lo infinito, catálogos y guías, alfabetos, almanaques para medir lo eterno. En aquellas noches inabarcables de la infancia, cuando las tormentas estivales sumían en la negrura la fragilidad eléctrica del pueblo y nuestro chalet temblaba anegado por las sombras del pinar cercano, aprendí, feliz como el primer hombre, a amar la voz paterna, el imperativo de prender las lamparillas; un dorado del que innumerables consuelos recibían la vida en el inmutable seno del aceite. Y las falenas que acudían desde los rincones del espacio nocturno para en él quemar sus alas, con esa ciega deliberación de lo mortal, eran asimismo incontables; como las gotas de la lluvia en las persianas y su sonido infinito, la maravillosa intangibilidad de los recuerdos. Papá imagina poder alcanzar el Paraíso recuperando con nosotros su pasado. Y yo quisiera que esto fuera cierto. Así como el suyo serpentea ingravido sobre las naves del mercado, mi camino a lo inmortal, antes de adentrarse en Teis, ha de respirar de nuevo el ordenado verdor del aligüstre, la muda emoción de la tierra mojada en aquellos jardines.

El grueso plexiglás de la ventanilla refleja la brasa del cigarro. Como un fantasma, nadando entre el fondo cegador del mediodía y mi propia mano, el rostro de mi mujer se interpone. No se quema, aunque debiera; como una muerta pienso. Un cadáver con el que viajo hacia las nubes, cada vez más arriba, hacia algún punto indicado en nuestro billete, nuestro billete premiado. □

MANUEL A. SANTAMARÍA SOLIS. Escritor.